

GABRIEL Y GALÁN

Se pasó lista a los poetas y fueron respondiendo los llamados. No estaban todos los que son, ni mucho menos los que ejercen -que éstos no cabrían en la ciudad-, pero sí eran todos los que estaban. A cada cual se le entregó una colección de libros y folletos, facsímiles y recuerdos de un bardo nacido hace cien años, invitaciones y programas, más un bolígrafo de calidad discreta y un bloc de papel blanco y convidador, tamaño holandesa, sin rayar. Todo ello se contenía en una carpeta de material plástico, ennoblecido con el sobredorado de unos rótulos: «I Centenario del Nacimiento de Gabriel y Galán. Reunión de poetas. Salamanca, junio 1970», Estuvo bien que no se dijera congreso; sería ampuloso, y habría que explicar la forzosa limitación de la convocatoria. Unas decenas de poetas se reunieron, pues, y luego de las cortesías del recibimiento se quedaron de puertas adentro, las nobles puertas del colegio de los irlandeses. Había en el corro alguna poetisa. Varones, maduros en su plenitud, que por los años cuarenta levantaron banderas que iban a llamarse sociales. Un cura y un fraile vestidos con sus unamunos. (¿Dónde, mejor que aquí, el neologismo que propugnaba Cela?) Nombres del Adonais madrileño y del Boscán barcelonés. Niños de la guerra. Jóvenes de la guerra. Y novísimos poetas -ya sin guerra para nada- aunque no fueran exactamente los «poetas novísimos» de la más reciente acuñación crítica «Vamos a hablar de Gabriel y Galán», dijo el conductor de las conversaciones. Entonces cundió un talante serio alrededor de los utensilios y el agua mineral. Volvióse al siglo XIX, a los románticos y a los posrománticos. A los del 98. Se indagaba no sólo en las estrofas del vate salamanquino, sino en sus intenciones éticas al escribirlas. «A S. M. el Rey» tiene valentías quevedescas. «Cuentas del tío Mariano» es un poema social que incluso termina con una directa requisitoria al patrón. El mismo «Embargo»...

-Sin embargo -retrucan desde una esquina-, era una protesta tímida, más teñida de paternalismo que tensa de significación justiciera. -¿Y el tiempo y el lugar? ¿Es que vamos a olvidar el momento y la geografía en que escriba el maestro de Guijo?

Van saliendo, puntos y vicepuntos. El estilo. Las influencias. Los contactos con otras figuras de la España que estrenaba siglo. La popularidad, ¡eso!, saber si la popularidad conspira contra la obra del poeta o si la favorece. Hay que separar, clasificar, analizar. Teorías, muchas. Densa doctrina. Pero es difícil esquivar la impresión extraña de que planea sobre el cónclave un espíritu burlón, no sabría

sospecharse si el del poeta o el de la poesía toda. Una copa vacía se ha roto de repente, sin que nadie la tocara, ni con la mirada. Alguien, entonces, dispuso una tregua que se agradeció mucho.

A la mañana siguiente, con la fresca, los poetas marcharon por una carretera estrecha que corre entre tesos pardos y secanos. Era una buena preparación para la gran liturgia poética que se anunciaba. Frades de la Sierra, laberinto escalonado de calles limpias, con hombres y mujeres ataviados de los mejores trajes y adornos. Las casas aparecían revocadas y pintadas de última hora, tan sin malicia como el rapaz que es presentado a una visita ilustre con las orejas todavía encarnadas del estropajo. Todas tenían, además de la pulcritud, algún detalle explícito de la gala. Podían ser unas ramas humildes, polvorientas de polvo cereal, que no es suciedad; pero también colchas adamascadas con escenas remotas, mandarines y cosas así. La emoción venía por un detalle unánime: sobre la variedad de los gustos personales reinaba una estampa idéntica para todos; algo así, de lejos, como la placa con que en algunos hogares se declaran sus dueños por el Corazón de Jesús; luego era la efigie del poeta. Cientos de coplas debieron hacerse. Es una imagen noble, color sepia, enmarcada dentro de un óvalo, al estilo de los viejos y entrañables retratos de familia. Uno diría haberla visto sobre la pared blanca o empapelada de cualquier casa española, o esmaltada sobre el medallón de una viuda elocuente. Hay, incluso, bajo las austeras facciones, una especie de dedicatoria. Versos, naturalmente, y tienen un aroma augural que rima bien con la figura que los antecede, uno de esos rostros donde ya se adivina al muerto prematuro:

¡Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!

Todo el pueblo fue a la iglesia, pero no hubo iglesia para tanto pueblo. En el atrio caía un sol de verano que ponía más méritos sobre la asamblea. La misa era charra, cantada y sonada al estilo del país, con marcha real a la elevación. El predicador ensartó en su sermón muchos más versos castellanos que citas latinas. La verdad es que todos sabían la palabra que seguiría a cada palabra. Hubo un «lapsus linguae» -los del latín somos nosotros- y un viejo oscuro corrigió con sorna y en voz baja una palabra de «El ama». La misa del centenario se detuvo un momento, Precisamente para decirnos que nada se detiene en la creación. Eran las amonestaciones de unos novios. Quizás Ana María, ella; o Agustina; o Consuelo, «una moza casadera que no debe estar

en la era si no está el sol en el cielo ». Claro que hay mozas en Frades que están muy majas con sus pantalones y su falda breve, y que, si es preciso, saben andar solas de noche, incluso en Alemania. También ellas son de Dios. Y de Gabriel y Galán. Importa la sustancia, no la anécdota que se acomoda al tiempo. Los mozos esperaban en el campo vecino de la iglesia, jinetes en los mejores caballos de la comarca. Después de los versos de sobre las puertas, apenas abrochados los versos del predicador con el «así sea», vinieron los versos sobre la campa dorada, y en boca de los niños de las escuelas, y en el vozarrón del labriego espontáneo; versos en la plaza, en las calles, en las esquinas, en las casas, como bendición de la mesa y en acción de gracias cuando el roscón. Ya se sabe lo que ocurre cuando uno lee una tirada de romances: que sin querer piensa en octosílabos las cosas triviales; y si se descuida, así las habla. Frades de la Sierra fue ese día un pueblo medido y rimado, puesto en pie de poesía desde el alcalde al último párvulo.

Los poetas invitados, los que publican libros y salen en las antologías, volvieron a la ciudad. Quedaban muchos puntos que aclarar en el terreno de la teoría, casi tantos como al abrirse los coloquios. Los poetas invitados -conviene reconocerles la honradez- se abstuvieron de establecer «conclusiones ». Sólo la declaración prudente de repudiar cualquier dogmatismo. Luego cerraron los flamantes cartapacios y cada cual se organizó el regreso a sus soledades, a reemprender con mucha humildad la práctica misteriosa de la poesía. En cuanto a recompensa futura, cavila uno si no estaría en lo cierto aquel poeta que aspiraba a ser, sencillamente, el mejor poeta de su pueblo.

Antonio PEREIRA